

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 22 DE AGOSTO DE 1920

NUM. 19.204

POR LA ESPAÑA CASTIZA Y PINTORESCA



UNA PLAZA DE TOLEDO. DIBUJO A PLUMA, ORIGINAL DE PABLO VERA

Ayuntamiento de Madrid

Fué una tarde suavísima de estío, de estas tardes del mes de agosto, tan dulces y melancólicas en la montaña. Huyendo del febril recinto de la ciudad, donde toda amargura tiene su asiento, me acogí a uno de esos trenes pequeños, suaves como trineos, que en una hora nos transportan desde una calle de Santander al corazón apacible de los frondosos valles. Ya lejos de la urbe inquieta, en el sosiego del campo solitario, me encaminé al valle de mis amados deudos, donde saboreé la miel de mis recuerdos infantiles, guardada en dorados panales de las más discretas y solícitas abejas campesinas. Andando solo y pensativo por sendero abierto entre floridos prados, bajo la luz dorada y violeta de la tarde, iba camino de la vieja casa solariega que blanqueaba allá lejos, entre los árboles de la huerta.

A la orilla del camino, a la puerta de la casita blanca donde jugué de niño, me paró una voz grave y armoniosa, una salutación sencilla y amable de un viejo y de una moza, sentados al amor del crepúsculo.

Era un anciano de lengua barba blanca y hermosa cabeza de apóstol. Vestido con sencillez y cierta campesina elegancia, puesto en la cabeza viejo chambergo sobre la blanca melena, tenía aquel hombre un aire de hidalgo de otros siglos, de uno de esos hidalgos que después de vivir en los lienzos del Greco han encontrado hogar hospitalario en las novelas de Pereda. Sentado apaciblemente a la puerta de su casa, junto al cerrado jardín donde morían las últimas flores, al lado de una niña hermosa y morena, que parecía la encarnación del alma de aquel paisaje, mirábame el buen viejo con una mirada penetrante y franca.

—¡Siéntese—me dijo acercándose una silla—, si es que le place descansar un rato!

Yo conocía a aquel viejo y a aquella niña. Habláronme de él y lleváronme a su presencia una tarde. Me obsequió con un vaso de la sabrosa leche de sus vacas y dióme como presente para mis deudos un opulento ramo de flores de su jardín, escogido y aderezado con arte por la niña morena, su hija.

Al verle de nuevo sentí un dulce deseo de estar en su compañía.

Yo amo a los viejos. Me place la conversación suave y tranquila de los ancianos, que da paz a mi turbado corazón. Como perdí a mi padre muy joven, cuando aun no habían florecido las canas en su barba rubia, busco amor paternal y sabiduría y consejo en los que han andado antes que yo el camino de la vida y están en lo alto de la montaña. Veo en la vejez algo solemne y sagrado que me infunde respeto y piedad; veo la vida en toda su serenidad; amo a los viejos...

Hablaba el anciano aquel un castellano amplio, reposado, grave, claro como agua de manantial; la frase salía de sus labios limpia y sonora, con cierto dejo arcaico. La voz era serena y persuasiva, fresca y vibrante, como si transparentara la serenidad de la conciencia.

La niña hablaba como hablan los ruiseñores, gorgjeando, musitando las sílabas, haciendo de la palabra un canto y de la oración una estrofa.

Hablé con ellos largamente. En tono de confidencia, de confesión, les conté mis penas, les describí este desasosiego interior, esta ansiedad que no sé de dónde vienen. En aquella hora, en aquel sitio, frente a la Naturaleza sincera, que

jamás miente ni engaña; en aquel paisaje, que ponía en mi corazón la dulzura consoladora de la gracia, fui veraz, fui sincero, fui mío.

No sé si a guisa de consejo, no sé si a guisa de consolación, contóme el viejo su historia.

«—Soy natural de esta aldea, como usted sabe. Mi padre, que era un campesino de estas tierras, en las cuales había cosechado una mediana fortuna, quiso hacer de su hijo un letrado y con este fin mandóme a la ciudad. Pusiéronme con buenos maestros hasta que fui bachiller, enviándome después a la Universidad, de donde salí con el título de abogado. Tenía yo entonces veinticuatro años y nadie hubiera dicho por mi aire y mi traza que era hijo y nieto de humildes campesinos montañeses. Esto a mi padre trastornábale el seso. Era un alma sencilla, hombre bueno como el pan de flor, pero cándido como un niño. Corrieron los años, murieron mis padres y me vi solo en el mundo, libre como el pájaro en el aire, con escaso caudal de dinero, pero sí copioso de ilusiones. Considerábame un ente superior, redimido de mi origen plebeyo, convertido en hombre de letras, sabihondo y bien portado. La vanidad hablaba en mí y creía sinceramente que era yo la flor más bella de mi raza familiar. Me casé entonces, y en aquel día comenzaron mis desdichas. Era mi esposa del buen natural, honesta y dulce en su trato; pero educada en esa ciega pedagogía de las ciudades que arranca las raíces de la vida y tuerce el sentido de ella con paradojas y sofismas engañosos. Lo poco que en mis mocedades gané en el foro; el escaso caudal que mis padres, después de darme carrera, me dejaron, y aun la dote, no muy crecida, que mi esposa llevó al matrimonio, fueron disipándose como humo, convirtiéndose en vano aparato de galas y vestidos, en insensatas vanidades. Era mi esposa de hidalga familia, hecha a todas las mentiras sociales, y tenía yo poner dique a los desaciertos de mi cónyuge por que no me repro-

charan mi humilde origen. ¡Vano reparo y cuántas penas me costó! Estábamos entonces en Madrid. Sería largo el contaros el punto a que llegué de inercia espiritual, de degeneración, de miseria. Donde no hay harina todo es mohina. Bien dicen. Mi hogar fué el infierno del Dante. Mi esposa era mi peor enemigo; no tenía yo donde volver los ojos, donde apoyar la cansada frente con amor; yo que soñé ser de los que llaman intelectuales, era un pobre diablo atado con cadena a una mujer frívola, tonta, ignorante.

Después de una lucha oscura y penosa en aquel mercado de furiosas competencias, sin una mano amiga que me elevara, solicité un destino del Estado, que a duras penas me concedieron. Formé parte de la legión inmensa que asalta las oficinas públicas, dejando yermos los campos, muertos de sed, estériles, abandonados... Fui de ese ejército de cesantes y empleámanos en donde se recluta la especie antisocial de los rebeldes, los turbulentos, los enemigos de la paz. En el rincón de un ministerio estuve durante muchos años, envejeciendo sobre un pupitre, quemando mis ojos, encorvando mi espalda, aniquilando mi entendimiento en una labor estúpida. ¡Para esto había gastado mi padre su hacienda! ¡Para esto había gastado yo mi juventud en claustros y academias! ¡Para esto tenía en mi casa un título universitario! ¡No fué un error dejar el dulce regazo de la Naturaleza por un rincón de oficina; los paisajes soberanos de la montaña por una oscura estancia llena de papel inútil!

Murió mi esposa dejándome esta hija, que Dios bendiga. Estaba yo entonces en el declive de la edad madura; veíame viudo y pobre, triste y fracasado, sin esperanza de redención, temeroso de la suerte de mi niña, cuyo porvenir veía dibujarse entre sombras...

Un día tuve un pensamiento salvador. ¿Por qué no volver atrás?—me dije—. Sólo la muerte es irreparable. Todas nuestras acciones admiten reparación. ¿Quién

me impide volver a la tierra de donde me arrancaron, a la generosa tierra de mis incautos padres? ¿Qué hago en esta ciudad enemiga que ha sorbido la sangre de mis venas y ha secado la fuente de las alegrías de mi vida? ¿No puedo aún luchar, trabajar con mis manos, arrancar al terruño nativo un pedazo de pan?

Con estos pensamientos entróme una tan fuerte resolución que un día, bruscamente, rompí mi cadena. ¡Cuán distinto vine a esta casa de como cuando salí de ella! Aquel niño sano y alegre había-se tornado en un hombre maduro, fracasado, enfermo y triste. ¡Oh, qué bella labor la de los libros y la de las ciudades!

Al llegar aquí, sin embargo, sentí una profunda alegría. Una voz nueva habló entonces en mí. ¡Oh, yo no tendría hijos letrados, señoritos ociosos, mujeres inútiles! ¡No sería mi niña muñeca de cartón, flor de estufa, sino sana rosa silvestre, flor roja de sangre y de alegría, hija de la tierra, apta para la vida y para el amor!

Con tenaz afincamiento puse manos a la obra: con ayuda de nobles deudos y amigos cultivé algunas tierras, pude tener algún ganado y hacer este jardín.

Poco a poco fui rehaciéndome, ganando en sanidad y en vigor, en bienestar de cuerpo y alma. Mi niña ha crecido a mi lado como una aldeanilla lozana y mis campos han florecido como si la mano de Dios estuviera en ellos.

En suma, señor, y para no cansarle más: en los quince años que llevo aquí, todo me ha sido propicio como una Pascua florida; he rehecho la fortuna de mis padres, he criado a mi gusto a mi hija, me he asegurado una vejez larga y dichosa y he cumplido al fin una misión. Estoy satisfecho. La paz de Dios está en mi casa... Sólo me resta decirle que con aquellos pomposos títulos académicos de bachiller y de letrado, que tantos sudores me costaron, hice, ha mucho tiempo, pajaritas de papel para mi hija...

Sonrió el viejo al decir esto y calló por largo espacio, mientras la tarde caía y el campo se inundaba de sombra.

—Yo le admiro a usted sinceramente—le dije—. Yo admiro esa fuerza de voluntad que le ha traído a usted aquí. Feliz quien así puede romper todos los lazos que le atan al pasado y hacer un brusco cambio de frente en la vida. Yo también he sufrido y sufro del mismo mal que usted sufría; pero no tengo el valor de arrancar de mi corazón todas las vanidades. Yo siento aún la vanidad del nombre, la vanidad del traje que visto, la vanidad de la opinión ajena. Yo, como la mujer frívola, como el comediante susceptible, estoy pendiente del elogio ajeno, de la dádiva de una lisonja de las gentes. Soy la víctima todavía de una triste vanidad literaria, de una ambición que me devora las entrañas...

El viejo apóstol me miró con gravedad, y después con compasión, sin decirme una palabra. Pero en su mirada leí el reproche. Y al verle tan sereno, tan tranquilo, tan lleno de sencilla majestad, junto a la niña morena y al jardín cerrado, me acordé del apóstol de los campos rusos, como él un noble viejo de barba blanca, amador de la tierra...

Y sentí entonces cierta vergüenza de mí.

Ricardo LEÓN

De la Real Academia Española.

Santander, agosto 1920.

MOMENTO

Concierto matinal. Enjambre humano inmóvil en redondas graderías. Fervor hasta en las mentes más impías. Viva palpitación. Culto pagano.

Un hombre en pie: con mando soberano hace surgir arpegios, armonías: parece concentrar las energías de todo un mundo en una sola mano.

Dulce emotividad. Un sol que alumbra debilitado por nuboso velo.

... Y al descubrir mi vista, en la penumbra,

los ojos de la imagen adorada, ¡un torrente de luz, rasgando el cielo, y un acorde triunfal de *Scherzada!*

Guillermo FERNANDEZ SHAW

* * * ARTE EXTRANJERO * * *

"CENICILLA", LA MILLONARIA PINTORA

El título es de cuento; pero la historia, verdadera. Romaine Brooks nació en Norteamérica. Hija de padres ricos, su infancia fué infeliz. Porque, dada desde muy niña con exceso a satisfacer las expansiones del propio ánimo reproduciendo las imágenes de las cosas, revelaba ya un temperamento que había de compaginarse mal con la educación burguesa a que estaba sometida. Prohibieronle duramente cultivar su afición a dibujar, que ella ejercitaba garrapeando a escondidas papeles y muebles. Hasta que a los diez y ocho años proclama su independencia por seguir libremente sus instintos artísticos.

Llega a París y acampa en el Barrio Latino, sede ideal de la juventud. De allí se traslada a Roma, cabo de todo camino, y logra luego ser admitida en una Academia que proporcionaba modelo gratis. Vencida su salud por el exceso de trabajo y las despreocupadas privaciones que alegremente se imponía, va a reponerse a Capri, hallado paraíso.

No se acomoda su natural inquieto al reposo; continúa peregrinando, sin cesar, con tenacidad incansable, en el estudio del dibujo. En Londres empieza a trabajar el color, ensayando medios tonos, suaves difuminaciones, apagadas armonías, que muestra a sus colegas de *Cornwell*. Pero sus condiscípulos sólo reír saben ante aquellas tentativas, consistentes en meras preparaciones de paleta, sin el menor bosquejo aún de composición representativa.

Enferma en esto de gravedad su madre, Romaine Brooks corre a su lado, no sin apartar antes algunos ahorros que puedan serle útiles a su regreso. La madre muere, y ella hereda cuantiosa fortuna. La millonaria bohemia no acierta al pronto a dar adecuado empleo a sus riquezas. El primer gasto que se permite es la compra de un maniquí articulado, inocente empeño de los días de apuro económico, que entonces juzgaba imprescindible.

Entrégase de nuevo a trabajar con ahinco, conservando siempre su libertad, ajena a disciplinas, escuelas y prejuicios más o menos de última moda. Y empieza al mismo tiempo a frecuentar el gran mundo parisiense. Decora en negro y gris su casa del Trocadero y obtiene el sufragio de los árbitros del

gusto. Mas no por ello corrompe su pureza artística en la fácil perversión del snobismo.

Su primera Exposición es un triunfo. Raro acaso,



AUTORRETRATO DE MISS BROOKS

coinciden por una vez la merced oficial y el público laudo, y el Museo de Luxemburgo adquiere dos de sus cuadros—un autorretrato y una primera efigie de Gabriel d'Annunzio. El poeta de Italia es quien ha

confirmado a Romaine Brooks con el sugestivo apodo de *Cenicilla*, en gracia a la severa tonalidad gris que caracteriza la obra de este pintor.

Porque Romaine Brooks no adolece de esa fragilidad propia de la producción femenina, que con ser tal se justifica. Su arte no tiene sexo, y aún pudiéramos, mejor que atribuirle tan angélica excelencia, decir que participa de aquella monstruosa virtud creadora del sátiro y el centauro, que en el tipo clásico del hermafrodita halla el espíritu puro del barro humano.

Las telas coleccionadas en su estudio de Montparnasse ofrecen a los ojos un incentivo intelectual que ya suscita de por sí el modelo que la artista se propone estilizar: Ida Rubinstein, la casi incorpórea danzarina intérprete del *Martirio de San Sebastián* y la *Pisanella* d'annunzianos, cuya mímica en la *Cleopatra* de Shakespeare acaba de renovar su boga parisiense de antaño; el poeta de los *Laudi*, en un segundo retrato encuadrado en un fondo del acérrimo Adriático; Miss Natalie Barney, la espiritual destinataria de las *Lettres à l'Amazone*, de Remy de Gourmont, cuyo salón de la rue Jacob conserva la tradición literaria del París de anteguerra; el duque de Alba, apenas esbozado en una *mancha* donde apunta el aristocrático desenfado del prócer español; Renata Borgatti, pianista italiana, de nombre caro a los admiradores en su padre del primer Sigfredo que pisó las tablas del Real, y la que seguramente, no tardando, se presentará al público español.

En el último *Salón de Primavera*, de París, el retrato de Renata Borgatti, pintado en la gama sutilmente sobria de los grises Whistler, atraía con su morbosa belleza a cuantos buscan en la contemplación de un cuadro esa sublimación del natural a que alude un crítico ultrapirenaico con decir que Romaine Brooks «pinta miradas, que no ojos, y más un solo contenido que una boca».

Pero pinta.

Es decir, no adolece del moderno conceptismo que trueca en híbrida confusión los medios expresivos peculiares de cada arte.

C. RIVAS CHERIF



RETRATO DE LA PIANISTA RENATA BORGATTI

LA GOLONDRINITA, EL GATO Y EL MONO



QUIVIT, quivit! ¡Quivit, quivit!... En el alero del tejado de aquel hotel pasaba los veranos una pareja de golondrinas, y aquella mañana andaba dando vueltas por la terraza del hotel con más trágico que de costumbre... «¡Quivit, quivit!»...

Es que aquel día el golondrino chiquitín salía del nido por primera vez en su vida, y querían decirse a la dueña de la casa para que los acompañara en el paseo.

La dueña del hotel era una señorita muy rubia, muy linda y muy amable, que echaba todos los días un párrafo

puesto y piador...— ¿Qué os pasa?

—Que hoy sale Qui-qui.

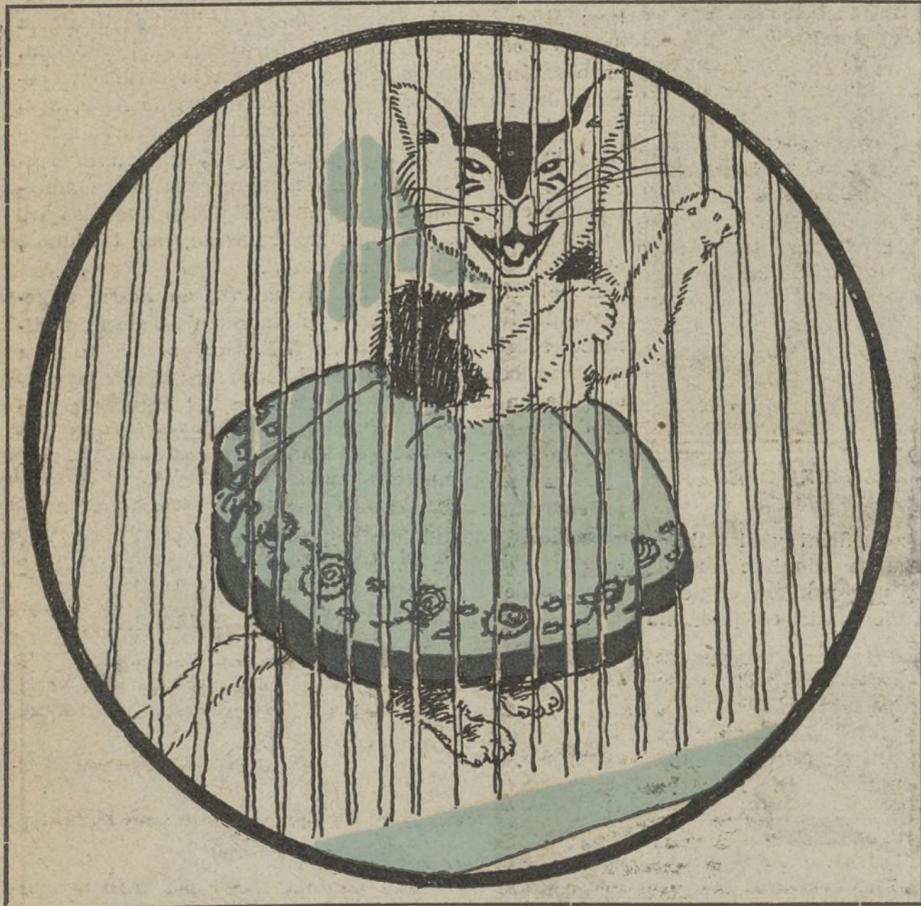
—Qui-qui.

Pero la señorita llevaba prisa, y como no entendía una palabra les dijo: «Adiós, adiós... Hoy no como en casa... Adiós... Hasta mañana.» Y se marchó corriendo, dejando al matrimonio defraudado y mohíno.

El golondrino-esposo, que siempre defendía a la dama, dijo, por fin, buscando una disculpa:

—No nos ha entendido.

—Pues vaya... Luego dicen que los hombres son listos, y no entienden.



con ellas y les daba de comer migas de pan, granos de arroz y pedacitos de bizcocho. Por eso aquella mañana la golondrina hembra dijo a su marido:

—Tenemos que decir a la señorita que hoy sale Qui-qui de paseo. Y conformes los dos, como buen matrimonio que era, sacaron del fondo del nido los trapitos de ceremonia y se fueron a la puerta del jardín a esperar que saliera la dama.

¡Oh, qué bien vestidos iban! Ella con una manteleta rameada y una cofia de tafetán; él con un casaquín de notario con dos botones a la espalda, y falde-línes en punta, lo mismo que su cola. Llevaba también cuello almidonado, corbata de plastrón con un gusano de seda por alfiler y sombrero de copa color castaño... ¡Oh!...

La señorita del hotel apareció, por fin, en la terraza; pero en vez de salir con bata, como era lo general, salió con traje de calle, y sombrero, y sombrilla.

—Quivit, quivit... Veníamos... Veníamos...

—Justo; veníamos a invitarla.

—Porque hoy sale Qui-qui.

—Sale por primer día.

—Y veníamos a invitar a usted... Qui-cit-quivit.

—¿Qué jaleo es éste?—dijo la linda señorita, viendo al matrimonio tan peri-

—Es que llevaba prisa.

—Pues mal hecho, porque hoy no debía haberse comprometido con otras personas, sabiendo, como sabía, que iba a salir Qui-qui.

Pero no era esto lo peor. Lo peor era que el niño se había cansado de esperar a sus papás y se había escapado del nido sin paciencia para aguantar más tiempo las ganas de marcharse de paseo.

¡Ay, Dios mío, qué apuro! ¿Dónde se habría ido aquel chico? ¡Tanto como le habían repetido que no se moviera!...

La señora golondrina dejó la manteleta porque estaba muy sofocada, y el señor golondrino hizo lo propio con el chaqué y el cuello almidonado.

Busca por aquí, busca por allá, se lo encontraron, al fin, dentro de un tiesto vacío. Como no sabía volar, en cuanto se vió fuera del nido se cayó y había ido a parar al fondo de aquel otro nido, más duro, más frío y más hondo que el suyo.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? Por no hacer caso a los mayores...

No tuvieron fuerza para regañarle, sin embargo, porque les amenazaba un peligro gravísimo.

El gato estaba durmiendo a cuatro pa-

sos de ellos; en cuanto despertara olería al niño golondrina y se lo zamparía en dos minutos... «¿Qué hacer, señor, qué hacer?» Y después de pensar mucho se acordaron de que el mono estaba regañando siempre con el gato... Nada mejor, en vista de eso, que acudir al macaco; éste los protegería, aunque no fuera más que por ponerse en contra del minino.

El mono, en rigor, no era al gato a quien no podía ver; era a la cocinera. Pero como la cocinera mimaba al gato mucho y el gato era un grandísimo egoísta, le pareció al mono de perlas aquello de favorecer al matrimonio golondrina en contra del morrongo.

—Yo me encargo de que no se meta con Bebé—dijo el mono a las golondrinas—. Por lo pronto id vosotros y despertarle para que se ponga muy rabioso.

Así lo hicieron, y el gato empezó a tirar zarpazos a las dos golondrinas sin conseguir cazarlas, porque la golondrina es el pájaro de vuelo más ligero y más seguro.

Cuando el gato estaba más picado, se acercó el mono y le dijo con mucho retintín:

—Hola, amigo; esto de cazar golondrinas no es tan fácil como cazar ratones.

—¿Qué sabes tú? No hay nada más difícil que cazar ratones.

—Los que tú cazas, no, porque te los dan en la ratonera.

—¿A mí?

—A ti... Ya te he visto esta mañana... Vergüenza debía darte.

—¿A mí? ¿De qué?

—De meterte con un animal que está encerrado en una jaula. ¿Qué dirías tú si te metieran en mi jaula y fuese yo entonces y empezara a mortificarte?

—Si me metieran en tu jaula me saldría.

—¿Tú?

—¡Yo! ¿Qué te figuras, que no sé cómo se abre tu jaula?

—¿Qué has de saber?

—¿Que no?

—Que no...

—¿Quieres apostarte algo?

—Lo que quieras.

El mono sabía de sobra que el gato era un maestro en aquello de levantar pestillos y abrir puertas; pero él tenía su plan, y poniendo su jaula en medio de la habitación dijo al gato:

—Anda, ya está; entra, cierra; a ver si sabes abrir luego.

El gato entró, cerró y, sacando la pata por entre dos barrotes, fué a levantar el pestillo y a salir—cosa de un mi-

Luego cogió el edredón del ama y lo echó encima; después echó mano de la colcha y envolvió todo con ella, y, por último, cogió un ovillo de lana que tenía la cocinera y con el que estaba haciéndose unas zapatillas de abrigo para cuando llegara el invierno, y empezó a atar el lío todo, lo mismo que el chico del ja-dinero cuando se hacía pelotas de estambre.

¡Lo que es de aquella hecha no se escapaba el prisionero!

Mayaba éste y bufaba, dentro de la jaula, medio asfixiado ya; pero el mono se entusiasmaba cada vez más y daba brinco de contento a cada bufido del gato.

Los chillidos del gato quedaban amortiguados por tanta cosa como tenía encima el infeliz; pero, en cambio, los del mono eran tan estridentes y las golondrinitas chillaban tanto también, gritando «¡viva! ¡viva!», que acabó por presentarse la cocinera, extrañada de tal algarabía.

Y ¡no queráis pensar!... Cuando vió al zafarrancho y comprendió que su pobre gato estaba ahogándose, fué a la cocina por la escoba y...

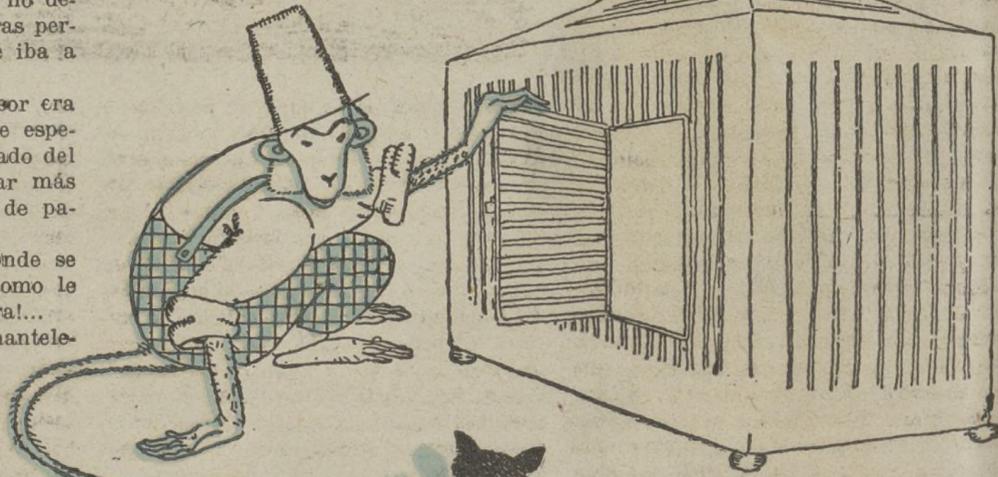
Y gracias que llegó la señorita en aquel momento oportuno, que sino, el estropicio del castigo hubiera sido mayor que el de la culpa.

—¿Qué ocurre? Por Dios... Pero, ¿qué es esto?—preguntó alarmadísima.

El gato echaba la culpa al mono, el mono a la cocinera y la cocinera estaba tan furiosa que se atragantaba al explicar y no había manera de enterarse de las verdades de lo que allí había ocurrido.

Entretanto, a las golondrinitas todo se les volvía coger con el pico el borde de la falda a la señorita y tirar de ella para llevársela donde estaba su nene. La joven se dejó conducir, por fin, y se encontró con la golondrinita-bebé dentro del tiesto.

Venía la joven aquella tarde contentísima porque se le había declarado un pretendiente, y sentía ganas de ser buena y perdonar a todo el mundo. Así que recogió a la golondrinita, la hizo muchas fiestas, la colocó ella misma en el nido y no castigó al gato ni al mono, con gran indignación de la cocinera esto último, pues quería, a todo trance, que el macaco llevara un escarmiento.



nuto—; pero el mono, antes de que el gato pudiera darse cuenta, cogió la alfombrilla del suelo y la echó por encima de la jaula, cubriéndola toda y tapan-do la salida por todas partes...



Desde aquel día las golondrinas, agradecidas, trajeron a su amita, en el pico, las cartas del novio. ¿No habéis visto que en los sobres de los novios pintan una golondrina con una carta en el pico? Pues por eso es...

Y, colorín colorado, aquí se acaba el cuento.

JUAN DE LAS VIÑAS

Dibujos de BARTOLOZZI.

El crimen de los chicos



El pobre hombre, metido siempre en su cuchitril, construido con viejas tablas carcomidas y latas de conservas—deshechas, ennegrecidas por el óxido, como con manchas de sangre reseca—y claveteadas con el más arbitrario capricho, era el recurso, el juguete, el pelele que divertía a los chicos de aquella calle antigua, estrecha y larga, que del centro de la ciudad bajaba hasta la amplitud de las rondas y en cuyas casas profundas y destartalladas, divididas por corredores lóbregos y sucios, vivían tantas mujeres cuyos pechos se habían abierto en reiteradas flores de maternidad...

Hacía ya muchos años que el pobre hombre vegetaba, allí metido, como una sombra, en aquella caseta que, empotrada en un rincón de la calle, todos los inviernos, bajo las lluvias, amenazaba hundirse. Daba tristeza verlo allí dentro, encorvado, trabajar en su humilde oficio. Los trajinantes y los mendigos le llamaban «Tío Tachuelas», con cierto respeto; y era grande el prestigio de su arte entre ellos. No había zapatos viejos y rotos que él no arreglara y compusiera con rara habilidad. Y alguna vez también supo armar las colleras sueltas de las caballeras o unir las fuertes correas rotas de los carros. Toda su vida había sido igual: al margen de la ciudad, entre gente endurecida en los caminos prolongados y penosos, o entre la pobreza mísera y crucificada de los mendigos. Y, sin embargo, él era dulce y bonachón. Alguna vez, en los ventorros, supo de la áspera suavidad del vino que enardece... Pero era tranquilo y apacible. Y un poco avaro. En los días de sol, cuando el trabajo escaseaba, sentado a horcajadas en el estrecho y mugriento madero del burro de zapatero, quedaba pensativo, y su mano, ruda y deforme, por debajo de aquel amplio chaquetón remendado que le llegaba a las corvas, palpaba algo oculto y misterioso. Era entonces cuando oscuros pensamientos hacían más tristes sus ojos, y su frente se arrugaba en múltiples arcos de obstinadas ideas. Y miraba a la ciudad, alta y lejana, como una esperanza inaccesible...

Porque él soñaba con vivir en la ciudad; de largo tiempo atrás el pobre viejo acariciaba este proyecto, y desde entonces guardó en un calcetín amarillo, oculto en su pecho hundido, con una íntima y suave ambición, el poco dinero que lograba hurtar a sus necesidades. Y, acuciado por las inquietudes que alejaban de la realidad su ensueño, se sacrificaba, y muchas veces sintió miedo ante la debilidad que doblaba sus piernas, tan flacas. Pero deseaba tenazmente ir a la ciudad y vivir resguardado del cálido sol estival y del frío y lluvias invernales. Soñaba con tener un tallerito para él solo, donde trabajar con reposo, y que una muestra al frente indicara su humilde oficio. Y se ponía a pensar en qué barrio le sería más fácil y conveniente encontrar un rincón, en el cual, con cuatro tablas viejas, pudiera armar un tenderete. ¡Era tan poco el espacio que él necesitaba! De vez en cuando hacía escapatorias y se perdía por las calles de la ciudad más próximas a los arrabales, y sus ojos miraban ávidamente a los huecos vacíos de las casas y a los solares, vallados a trozos, con alambradas y espinos que servían para tender a secar al sol las ropas lavadas y los lienzos de las tintorerías. Pero tornaba a la posada destituido, flojo y desfallecido, do-

blado más aún bajo aquel peso de las alforjillas y del burro de zapatero que siempre llevaba a las espaldas cual una carga de esclavo o de bestia. Y las noches de aquellos días las pasaba desvelado como un calenturiento...

—No va a poder ser—se decía palpan-do el calcetín amarillo—; aun no va a poder ser. Otro día iré por la calle del compadre.

Y esperaba, esperaba.

Por fin, un día decidióse, y desde muy temprano subió a la urbe, lleno de nuevas esperanzas. Si no encontraba aquel rincón que tanto anhelaba, era lo de menos. Ya era viejo y necesitaba ca-

a él, confiadas y seguras, para que arreglase cualquier clase de zapatos. ¡Los lamentables zapatos de los pobres, tan remendados y recosidos! Y él, entonces, se sentía feliz, y les decía: «Bueno, bueno, como quieran; pero ahora están las cosas tan malas...»

—Sí, era feliz. ¡Solamente que aquellos chicos!... ¡Qué malos eran, qué malos! No le dejaban en paz. Temía que dieran las cinco de la tarde—salida de la escuela—, porque entonces empezaba su martirio. Unas veces le metían por debajo de la puerta petardos encendidos; otras, le echaban agua sucia de los charcos por las rendijas de la ventana. Y por la no-

jos y largos, los dejaba colgando, encorvándose más aun en su banquillo, todo acongojado, sepultando la barba, gris y sucia, en el pecho, con una vaga intención consoladora y última. ¡Aquellos chicos iban a terminar con él! Siempre estaban mortificándole al pobre hombre, que veía los, tras el cristal empañado de la ventanilla, reír y saltar de gozo después de haberle aporreado la puerta. Y mirábalos con una tristeza inmensa en su corazón.

Cuando alguna vecina pasaba por allí y topaba con los chicos que estaban acechando al pobre hombre para hacerle víctima de una de sus travesuras endiabladas, les reprendía desde la acera, amenazándoles con las manos flacas y amarradas por el frío y las lejías, haciéndoles correr calle abajo, mientras gritaban: «Tío remendón, remendón!...» Luego, acercándose a la caseta, decía al viejo:

—¡Qué chicos más malos, señor Lucas! Y él, enternecido por la actitud de aquella mujer que le compadecía, no tenía valor para desahogarse con ella de tanta pena como oprimía su ánimo, y disculpaba la maldad infantil con una voz opaca y contenida: «¡Ay, buena mujer, son cosas de chicos! ¡Bah, yo no les hago caso! ¡Qué van a hacer los pobres!» Pero después, al quedarse solo, una humedad de lágrimas acerbas quemaba sus mejillas, y miraba obstinadamente al madero que servía de caballete al tejadillo, como su única liberación. ¡Si tuviera valor, no le atormentarían más! ¡Qué iba a hacer ya él, un pobre hombre tan viejo? Alguna vez, tomaba entre sus manos el tirapié y le escurría con fuerza calculadora, mientras sus ojos se nublaban por una idea fija y espantosa. ¡Pero se sentía tan desfallecido de dolor, que cerraba sus párpados suavemente!...

Y los chicos seguían en la calle voceándole:

—¡Tío remendón, brujo remendón!...



lor de ciudad, no soledad de posadas y ventorrillos. Después de todo, andaría de calle en calle, junto a los mercados o en los lugares donde se venden cosas de viejo y de desecho. Y hasta... quien sabe si su comprade no le ayudaría en algo...

Y al cabo, un día, en aquella calle antigua, estrecha y larga, donde su compadre tenía una habitación reducida y obscura, el pobre hombre, ya vencido por los años, clavaba, subido en un banquillo, en las tablas de un cuchitril, como una caseta para un perro, un sencillo letrero, blanco y negro, que decía: «Zapatero de viejo.»

Hacía ya mucho tiempo que residía en la calle aquella, metido siempre en su chamizo, como una sombra. Las lluvias de varios inviernos y los soles de varios estíos le habían envejecido mucho más. Y la dulzura triste de su vejez, sin espina y sin hijos, hacía que las mujeres le mirasen con esa gracia filial que tienen las artesanas ante la vejez patética. Le llamaban el señor Lucas, y siempre iban

che, cuando encendía su velita de sebo para trabajar, le abrían la puerta, y con un puñado de arena le apagaban la luz. El pobre hombre sufría, sufría allí metido y no se atrevía a quejarse a las madres por temor a perder la parroquia... Todo el mundo le quería menos los chicos; aquellos chicos tan malos, que acorralaban a los perros y los apedreaban. Sin embargo, él nunca les había castigado ni les voceó iracundo y amenazador. Soportó siempre sus bromas crueles, callado y lleno de resignación, aunque ¡cuánta amargura laceraba su alma! El recordaba a aquellos otros chicos de las afueras que le hacían corro para verle trabajar, favoreciendo su oficio con las suelas viejas que encontraban en los estercoleros; y sentía por ellos una gran ternura paterna de viudo. Pero los chicos de la ciudad, ¡qué crueles eran para con él! «¿Por qué—se preguntaba el pobre hombre—, por qué no me dejarán en paz, con lo achacoso que estoy? Si tuviera la agilidad de antes, correría tras de ellos, y ya les daría yo. Pero apenas si puedo tenerme en pie.» Y sus brazos, flo-

Una mañana corrió por toda la calle, hasta la anchura de las rondas donde las acacias habían ya florecido, la trágica noticia: «El señor Lucas se había ahorcado.» Y en los corredores, profundos y lóbregos de las casas, parecía dibujarse la espantosa visión. El barrendero del barrio, al amanecer, había hallado la puerta del chamizo abierta, y al asomarse se horrorizó. Estaba el pobre hombre colgado del caballete del tejado y pegaba en el suelo con las piernas dobladas, como si estuviese arrodillado! Y en los corrillos de mujeres que llenaban la calle, las palabras se hacían quedas y entrecortadas, y un estremecimiento de miedo oprimía las gargantas morenas. Sus ojos tenían miradas extrañas y se fijaban en aquel rincón, sobrecogidas de temores supersticiosos. Una anciana, temblando de pena, comentaba apiadada: «Pobre señor Lucas! Con lo que todo el mundo le quería... ¡Hasta los chicos, los chicos tan malos, le querían y siempre le estaban embromando! ¡Qué bueno era el pobre hombre!»

Y los chicos de aquella calle antigua, estrecha y larga, todas las tardes, en el crepúsculo, se sentaban en la acera, junto al arroyo, y miraban silenciosos al próximo cuchitril sombrío que, frente a ellos, parecía un manchón negro...

Joaquín AROCA

Dibujo de PABLO VERA.

El último libro de Eugenio Montfort

He leído de un tirón la última novela de M. Eugène Montfort, *Un cœur vierge*, casi al mismo tiempo que dos estudios sobre ese novelista, de Georges Le Cardonnel y Pierre Lièvre. La lectura de *Un cœur vierge* me ha comunicado una sensación de idilio, muy vieja y muy joven a un tiempo. Seré siempre un sentimental... —Monsieur Montfort, *mon cher confrère*, debo pedirles perdón por un error que cometí al hablar de vuestra novela *Les cœurs malades*, cuya segunda edición tuvisteis la gentileza de enviarme. Como yo no la conocía, sorprendíome el intenso sabor de *avant-guerre* de aquella narración, penetrada por un turbador y morboso perfume de mujer. Y os dije: La guerra no ha dejado rastro en la modalidad de la novela francesa, puesto que a través de esas páginas no ha pasado la gran tragedia. Pero hoy debo rectificarme: la fragancia *capiteuse* del tocador de Colette, y también la brutalidad de celo sensual de *La Belle-Enfant*, han cedido a una ternura de pureza platónica, etérea, salpicada por las galernas de los mares de Bretaña, mecida por las campanas sumergidas de la mítica Is, entre un eco lejano de *perdones*... Vuestra Ana de Kéras, monsieur Montfort; la virgen naufraga de la isla de Honat, tiene sus precedentes en Virginia, esa otra virgen naufraga de la isla de Francia, cuya dolorosa historia emocionó a nuestros abuelos al mismo tiempo que preludiva el romanticismo y la poesía naturalista. A pesar del parentesco de vuestra joven idílica, apoyada en su cabrita, con las infantiles y remotísimas dulcedumbres de *Dinorah* o con las novelas folletinescas, tan femeninas, de la condesa María de Baumgarten, no puede negarse que el novelista ha sabido infundir a su sobria y pura evocación valor emotivo y sentido del paisaje. Claro está que ese sentido del paisaje es inseparable de toda literatura idílica; lo que persiste en Saint-Pierre es la percepción de esa belleza cosmológica, vedada al neoclasicismo por haber recibido de procedencia erudita y sabia su inspiración. Toda sequedad dogmática, ya la de un monoteísmo implacable y duro, ya la de un preceptismo retórico, enemigo del vuelo de azar de la fantasía, impide que llegue a nosotros la esencia divina de las formas naturales; se necesita, para saltar esa muralla, la facultad de creación, de mitos que tuvieron India y Grecia, por el influjo de sus panoramas, o bien el generoso desbordamiento de fraternidad entre Hombre y Naturaleza, que infundió en los tiempos medioevales la tradición franciscana, por influjo del ambiente dulce y bello de la Toscana.

En esa tradición romántica se inscribe vuestro libro, querido monsieur Montfort; es la estirpe de Virginia, de Atala, de Graziella. Y no os sepa mal esa prole para vuestra heroína, para vuestra pequeña Robinson psicológica, abandonada al *autodidactismo* de su encuentro con el Amor y con la Muerte, sin defensa contra la voracidad de ese dualismo trágico. Dejaos de la interesada ideología de M. Pierre Lasserre, el detractor sistemático del romanticismo! Dejad de creer, tan crucialmente, que «romántico» significa, sobre todo, apoplejía verbal. Monsieur Le Cardonnel, vuestro crítico, afirma que en el tiempo romántico los sentimientos y aun las sensaciones suscitaban las ideas. Yo afirmo que en el tiempo romántico y en todos los tiempos la sensación y el sentimiento preceden a la idea, porque *idea* signifi-

ca exactamente *imagen*, y no estoy lejos de creer tampoco, contra vuestra opinión, monsieur Montfort, que siempre también, no sólo en el tiempo romántico, como vos creéis, la palabra ha sido anterior a la idea, esto es, a la *imagen general* de las cosas. El proceso de esa percepción es el siguiente: primero, sensación, sentimiento; segundo, nombre, palabra, designativa de la toma de posesión de la imagen concreta, particular, individual, por el hombre, por el contemplador; tercero, idea, imagen general, específica, plural.

Pienso dedicar al asunto un estudio más detenido cuando comente el interesantísimo folleto de M. Ernest Seillière sobre la moral romántica.

Un cœur vierge, en la producción, ya numerosa, de M. Montfort, representa una crisis idealista, un vuelo de alma, una emancipación del tema sensual que por tanto tiempo ha nutrido casi exclusivamente la novela y el teatro franceses. Pero yo quisiera que M. Montfort, hijo de su tiempo, nos diera un libro en que vertiera su alma de francés después de la gran crisis. El espectáculo de la transformación humana, la lucha de los espíritus, fluctuando bajo la tentación de dos ángeles adversos, entre la victoria envilecedora y el sentido absoluto del bien, ¿no le parecen la más formidable obsesión que pueda sacudir la potencia trágica de un francés contemporáneo?

Estas consideraciones me recuerdan unas tristes palabras de M. Le Cardonnel, comentando la pasión dreyfusista de M. Montfort en sus juventudes. «El

asunto Dreyfus—dice—, que aparece hoy tan mediocre y tan lejano, apasionó a aquellos jóvenes; pero sólo para apartarlos, asqueados, de la política.» ¡Ah, buenos amigos desconocidos! ¡Lo que debierais afirmar es todo lo contrario! Nunca el asunto Dreyfus ha sido tan actual como hoy, cuando la pasión guerrera y el morbo de la victoria han producido a Francia una recaída, mucho más grave, en la frenética ceguera de aquellos días históricos. La grandeza de Francia se reveló, como jamás, entonces; porque el celo por su justicia no fué sólo una causa nacional, sino una causa humana; y todo el mundo estuvo pendiente del magisterio maternal de Francia, para recibir de él, según la conducta que ella siguiera, una lección ejemplar o un cruel desencanto. Y Francia se salvó...

Pero hoy se encuentra de nuevo ante la misma encrucijada espiritual, porque el dreyfusismo es sólo apariencia anecdótica de una causa eterna. ¿Hay algún alma de selección que no deba preguntarse cada día, cada hora, dónde está el dreyfusismo ocasional por defender? Y el mundo actual es una selva fantástica de dreyfusismos. Todos nosotros avanzamos bajo esos árboles dantescos, gigantes enemigos al acecho de nuestro sentido de bondad y nobleza; y el divino espectro de Don Quijote alienta en nuestro pecho. El campo de la victoria, abonado de héroes guerreros, ha producido un refloreamiento de los viejos tópicos dañinos... Y los hombres que ayer convirtieron su pluma en lanza recedente tienen, como vos, monsieur Montfort, el deber de convertir su Pegaso en Rocinante...

Gabriel ALOMAR

El triste caso de "madame"

SOLÍN, la preciosa y alegre Solín, no puede ir esta tarde al *té-dansant* del Ritz... ¡Qué fastidio! Justamente a esa hora deberá estar en casa del dentista. Porque Solín se está arreglando la boca, esa deliciosa boca por la que salen tantas trivialidades deliciosas al cabo del día... Y ya ha funcionado el teléfono comunicando a las amiguitas—y también a Panchito Filadelfia, que es como una amiguita más—que no pueden aquella tarde con Solín... ¡Oh, qué tedio la espera en el saloncito rojo del dentista! Primero, la amable sonrisa del odontólogo. Después, cuando el sol cae, el torniquete y las ruedas eléctricas actuando sobre los dientes monisimos de Solín... ¡Una tarde perdida! ¡Un fastidio! He aquí el resumen de la jornada del bellísimo pimpollo.

Solín es acompañada por *madame* a casa del dentista... Esta *madame* presencia toda la vida de Solín, lo mismo cuando la prosa de la tintura de yodo unta las encías de la señorita, que cuando muy románticamente sus ojos miran a tal cual galancete con una de esas miradas que antaño se representaban por flechas que el arco de Cupido disparaba. *Madame* asiste a las esperas que hace Solín en casa del odontólogo de moda. Allí saluda *madame* a otras *madame* de otras señoritas *bien*. ¡Siempre el mismo público, Dios bendito! En la misa de por la mañana y en el baile elegante de por la tarde; en la Castellana y en el Ritz; en la tienda de trapos y en casa del dentista. La horrible monotonía de todos los días de la gente *bien*...

Pero la tragedia de *madame*—una de

rotunda y cruel. «Pues no faltaba más! Pagarle a *madame* gastos superfluos también? ¡Quia! Eso no puede ser, hijita.» Y mamá, por lo demás, cree que los dolores de muelas de *madame* se curan con unas cataplasmitas de láudano.

Aquella tarde, mientras esperan en casa del dentista, Solín urde un plan de encantadora y angélica caridad. Bien vale el pecadillo de burlar a mamá la curación de la pobre señora de compañía. ¿Se avendrá el dentista al ardid ideado por Solín? Por si acaso, ella está decidida a plantear la cuestión.

Y, en efecto, minutos después Solín habla así al odontólogo:

—Mire usted, esta pobre señora está sufriendo horriblemente de las muelas. Va usted a reconocerla y a arreglarle la boca, sin omitir nada que sea necesario. Lo que importe la curación y el tratamiento lo incluyo usted en mi cuenta. Pero sin especificar... Lo engloba usted todo, ¿sabe?, ¡sin detallar si es uno u otro el concepto. ¿Qué más da? ¿Verdad?

El dentista no tiene nada que oponer a este capricho de Solín... Un dentista que se pone de moda está acostumbrado a toda clase de genialidades de la gente *bien*...

El dentista declara, previo reconocimiento, que *madame* tiene la boca *perdida*... Solín insiste en que se realice todo lo necesario para curarla por completo... Y desde aquel día—en que precisamente Solín ha terminado de arreglarse su dentadura—es Solín la que acompaña por las tardes a la señora de compañía a casa del dentista... El caso de *madame* requiere mes y medio de tratamiento...

La mamá de Solín se muestra extrañada de que dure tanto el arreglo de la boca de su niña... Abomina de los dentistas modernos que así alargan los tratamientos. Un día pregunta a Solín *cuándo acabará con el dentista*... Responde Solín que es cuestión de pocos días. Son muy pocos, en efecto, los que faltan para que *madame* esté curada. La mamá se tranquiliza...

Al fin, Solín participa a su mamá que ya acabó con el dentista, quien, por cierto, le dió la cuenta aquella tarde. He! aquí:

«Por arreglo general de la boca, piezas y extracciones, novecientas cincuenta pesetas.»

¡Qué barbaridad! Esta es la frase ática que la elegante mamá de Solín lanza al contemplar aquella cuenta, que, por lo demás, paga en seguida porque no es *chic* regatear...

Y luego, en la tertulia de por la noche, se comenta lo *carero* de los dentistas elegantes. «Es la moda lo que se paga»; declara, *nemine discrepante*, la tertulia. La mamá de Solín arguye, además, que, «bien mirado, es un gasto superfluo». Y a continuación aduce la prueba:

—Miren! ustedes; ahí está el caso de *madame*. La pobre tenía unos horribles dolores de muelas. Pues se ha curado con unas cataplasmitas que yo recomendé...

En un rincón de la estancia, Solín saborea el placer de aquella travesura de caridad jugada, con tanto éxito, a mamá...

Luis de GALINSOGA

GRAFICO-HISPANO
FOTOGRAFADO

ARTE GALILEO 34 TELÉFONO J. 859

ESPAÑA Y MEXICO

La obra de un Patriota



na, y la colonia española que con ellos convive, orientadores modernos. Estudiosos, trabajadores, cultivadores de principios rectos, que se entregan de lleno a su labor para, a la par que resolver el problema de los suyos, contribuir al desarrollo del Estado mexicano.

Son sus políticos y fuerzas directoras hombres patriotas, llevándoles su mismo patriotismo a esas luchas, de las cuales resurgen los pueblos.

Cultivadores de nuestra literatura y enamorados de nuestro desarrollo, son los primeros en solicitar un intercambio que permita a todos acercarnos más y más para fundirnos en estrecho abrazo.

Deben desaparecer por parte de nuestros gobernantes esas trabas que existen en nuestros aranceles a los productos mexicanos, facilitán-

cial, de D. Maximino Suárez y de su hermano D. José María, llevan consigo un mundo de enseñanzas y una orientación de lo que debe hacerse para acercarnos a nuestros hermanos de México, ya que los españoles todos estamos interesados en el engrandecimiento de ese nuevo Estado, que ocupa una superficie de más de dos millones de kilómetros cuadrados, en los que viven quince millones de habitantes.

★

Si la modestia no fuera norma estrecha de estos dos grandes hombres, que brindándoles descanso su envidiable posición social llegan a España para seguir trabajando con el solo fin de ser la «piedra de toque» que, en la relación de los ne-

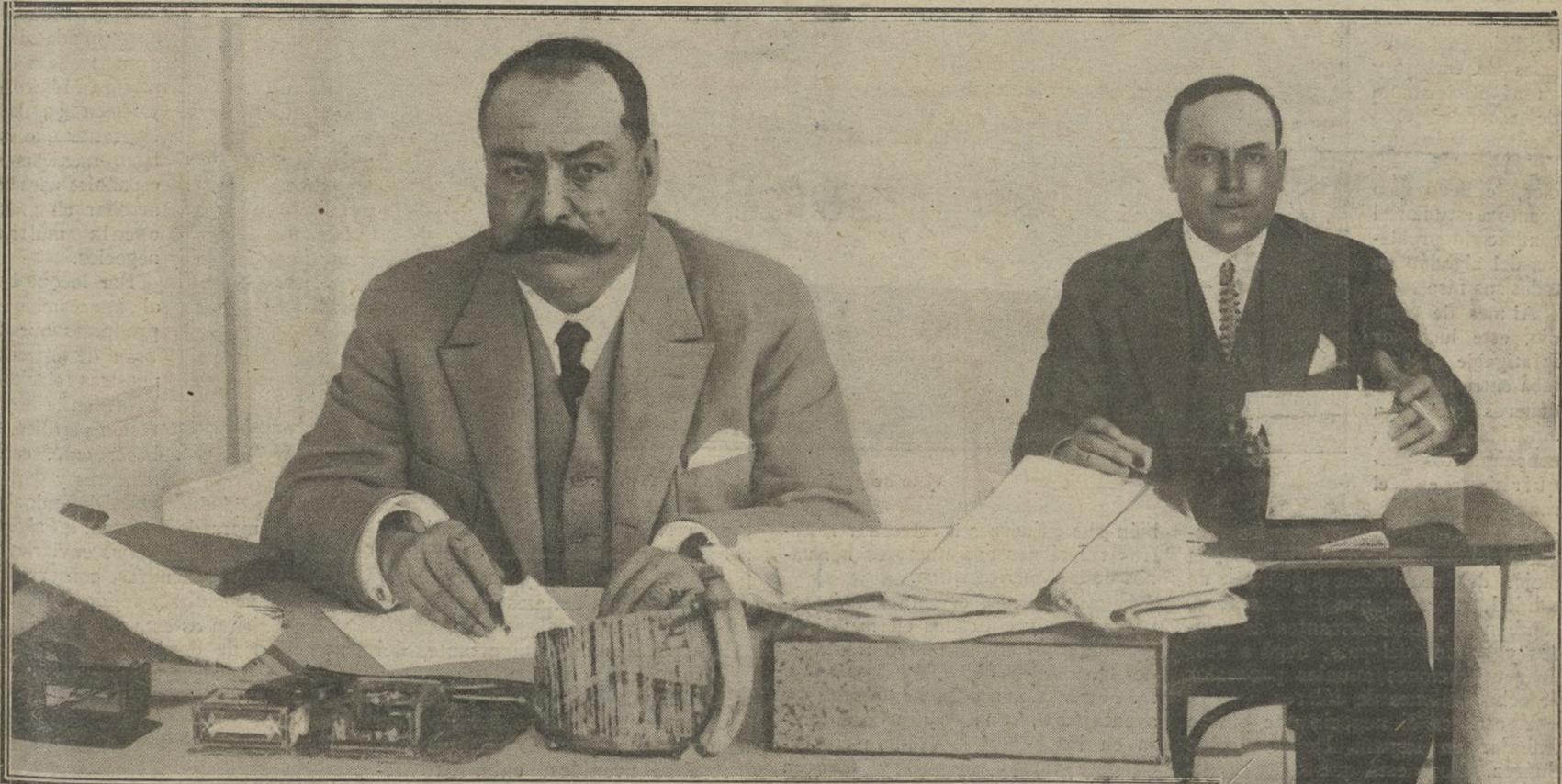
el trabajo, laboriosidad y honradez se puede conquistar un nombre y una posición envidiable.

Don Maximino Suárez, quien, repetimos, es la encarnación de la modestia misma, lo mismo que su ilustrado hermano D. José María, fué a México en el año 1898, contando por aquel entonces veintiocho años.

Joven, estudioso, culto y hombre de intachable conducta, entró como tenedor de libros en la respetable Casa de Barrios y Murga. Muy pronto, por su laboriosidad e inteligencia, se granjeó las simpatías de sus jefes, rodeándole de grandes consideraciones.

Respetado entre las personalidades que formaban la colonia española, y por indicación de éstas, pasó al Banco El Descuento Español en

Una compenetración espiritual y un vivo deseo de conocer todas las manifestaciones de la vida y del trabajo de México motivó el que me hiciese presentar a D. Maximino Suárez y a su hermano D. José María, figuras de relevantes prestigios en el mundo de los negocios, para que, con su autoridad y como hombres de recto criterio y de sanos principios, pudieran ilustrarme.



D. Maximino Suárez y su hermano D. José María despachando asuntos de México en su despacho.

España conoce a México por referencias, no todas exactas. México sabe de España lo que alguno de sus naturales vió en un rápido viaje efectuado por distracción. Y es preciso que nos conozcamos a fondo; que si convivimos en espíritu hay que estrechar nuestras relaciones en el orden cultural y en el de los negocios.

México es un pueblo joven, con bríos y entusiasmos de engrandecimiento. Pueblo formado al amparo de la riqueza de su tierra virgen y fértil, que abre anhelante sus cariñosos brazos a aquel que la cultiva y la trabaja. Son los mexicanos nuestros hermanos por sangre lati-

doles así un nuevo mercado a sus productos.

Debe la Sociedad de Autores, Escritores y Artistas secundar esta obra necesaria, contribuyendo también con ello a propagar nuestra literatura, y en su intercambio, conocer y estudiar la literatura mexicana.

¡La propagación del libro! Labor hermosa para acentuar aún más las relaciones con nuestros hermanos de América. Fusión de espíritus, obra humanitaria que ha de contribuir a un engrandecimiento general.

Estas impresiones, nacidas al calor del juicio crítico, recto, impar-

gocios, señale la pauta a seguir para llegar antes con México a una fusión de espíritu, sería cosa de anotar episodios de su vida, relatados por los españoles todos que han vivido en aquellos Estados; episodios en los que podrían apuntarse rasgos de esplendor y momentos felices de inspiración en defensa de los intereses españoles.

Mas no queremos herir su susceptibilidad. Respetamos en lo mucho que vale su modo de pensar.

Mas no ha de ser motivo para que, cumpliendo este nuestro deber de informadores, señalemos la labor por ellos realizada, ya que puede servir de orientación de cómo por

calidad de primer contador con firma.

Sus grandes conocimientos, su vasta cultura y, más que nada, su reputación justificada como financiero de gran relieve, fué motivo para que tratase el Consejo de elevarle al alto cargo de director, que en aquellos momentos se encontraba vacante.

Mas D. Maximino Suárez, dándose perfecta cuenta de la grave responsabilidad que iba a contraer, renunció la propuesta, con no poco disgusto por parte del Consejo del Banco, que veía en él al hombre ne-



D. Francisco Suárez.

cesario para una sabia y recta administración.

Poco tiempo después esas mismas personalidades financieras le propusieron, dándole toda clase de facilidades, el montar una Casa en comisión para trabajar el algodón para hilados y tejidos.

No conociendo el negocio, D. Maximino Suárez dudó antes de aceptar tan honroso encargo. Mas sus condiciones naturales de trabajo y su afán constante de aprender todo cuanto guardase relación con los negocios, le llevó bien pronto a estudiar el complicado problema del algodón en todas sus fases.

Al mes de estudio, este luchador infatigable disfrutaba entre los algodones de gran autoridad por los conocimientos adquiridos en el ramo.

Se puso en relaciones con los productores de la región de Nazas, la mejor del mundo en algodones de calidad, y trabajando sin descanso, vendiendo a los fabricantes de hilados y tejidos del país, llegó a realizar operaciones anuales por valor de ocho millones de dólares.

Y este es el negocio que quiere trabajar en España D. Maximino Suárez. Claro está que siempre sobre la base de dejar abastecido el mercado nacional de México.

Conseguido esto, sería el camino a seguir para llegar a un intercambio de productos, y de este modo,

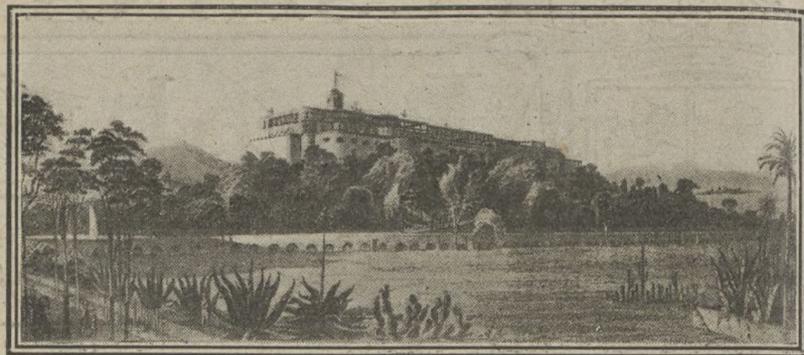
haciendo nuevas relaciones comerciales, llegaríamos a conocernos.

Esta es, en ligerísimos rasgos, la obra realizada por D. Maximino Suárez. Español de pura cepa que llega a España, la tierra de sus amores, para enseñar a sus hijos la grandeza que atesora y para que pongan en su querer todo el fuego y la pasión de sus almas, llenas de encanto por su juventud y condiciones morales.

Y al rendir a su patria este tributo, el Sr. Suárez, pensando muy alto, se acuerda de sus hermanos los mexicanos, generosos y buenos, y quiere para ellos un fraternal abrazo de los que viven en España. Y quiere más: fundirnos a todos en un mismo sentir. Trabajar juntos; estudiar las necesidades de nuestro comercio, de nuestra industria, para constituir así un emporio de riqueza.

Como este hombre extraordinario de lucha y de trabajo es su hermano D. José María.

Muchacho joven, de extraordinaria cultura, inteligentísimo en los negocios, es el alma de la Casa de D. Maximino, de la que es socio y gerente. Poseedor de una posición envidiable, realizada por la labor de más de quince años, consagra tam-



Castillo de Chapultepec.

de una dama virtuosa que supo sobrellevar los pesares del dolor en momentos de dificultades económicas.

Esta alma sencilla y buena, caritativa y noble, es doña Elvira Ramírez, señora de D. Maximino Suárez; señora que remedia en silencio las desgracias de sus compatriotas y que con su cariño y consejos hace vivir latente el recuerdo de la patria.

No sé si todos estos detalles, facilitados por amigos de la casa, ya que lo mismo D. Maximino Suárez que su hermano D. José María se negaron en absoluto a celebrar una entrevista en este orden, escudados en su excesiva modestia, podrán herir su exa-

te señalar que en la región de Morelos y Puebla sus plantaciones de azúcar son tan inmensas, que podrían muy bien surtir a todo el país. En maderas, Tabasco y Yucatán. En tabaco, los del Valle Nacional, Estado de Oaxaca y los de Tepic y Estado de Veracruz.

En algodones, Coahuila. En ganadería, Chihuahua, con sus 200.000 kilómetros cuadrados. En mineralogía, sobresaliendo en cantidad y calidad las de plata y oro, Estados de México, San Luis de Potosí e Hidalgo.

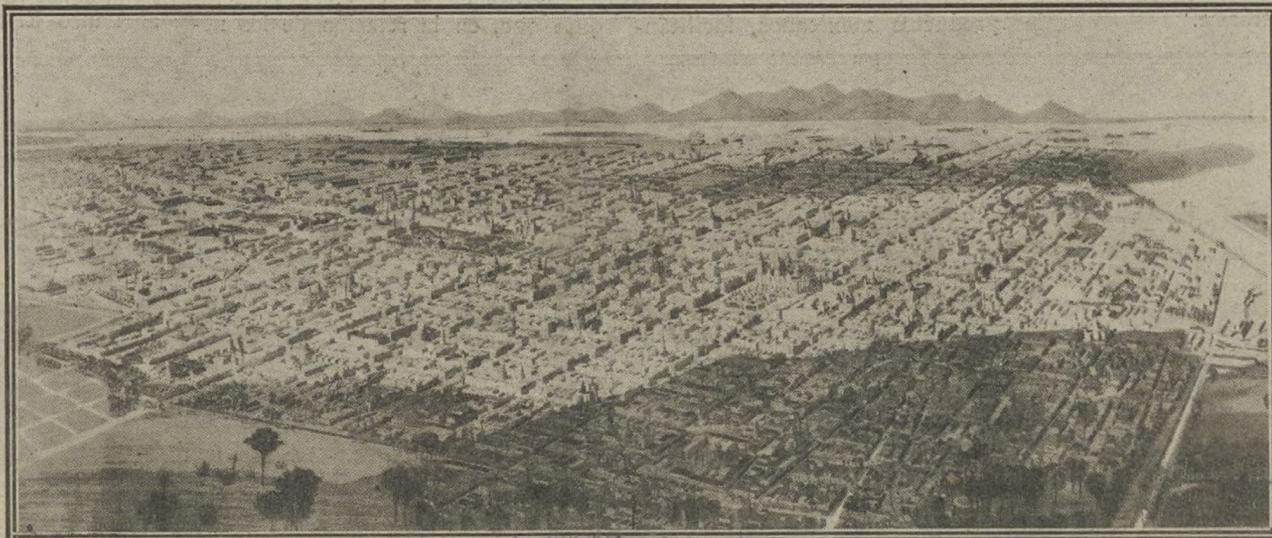
Pozos y explotaciones de petróleo, que constituyen un emporio de riqueza, Veracruz y Tamaulipas.

Estos datos pueden dar una idea aproximada de la gran riqueza que atesora México. Y justifica la labor incesante que realizan mexicanos y españoles para desarrollar en grande escala múltiples negocios.

Por lo que hace al intercambio de productos que habrán de estrechar nuestras relaciones, figura en la importación petróleo, tabaco, café, cacao, azúcares y garbanzos. Y dejando abas-

tecido el mercado nacional, los algodones. Nosotros podríamos enviarles vinos, aceites, almendras, conservas de pescado, vegetales y tejidos catalanes.

Exposición es esta que refleja una necesidad de dos pueblos hermanos



Vista de pájaro de la ciudad de México.

bién sus esfuerzos a estrechar nuestras relaciones con nuestros hermanos de la América latina.

Siguiendo esta orientación de españolismo, y educados en la misma escuela, figuran asimismo los hijos de D. Maximino, D. Francisco y D. Marcelino, muchachos jóvenes y aventajados, con espíritu de empresa en los negocios. Hablan correctamente varios idiomas y conocen las operaciones mercantiles como muy pocos jóvenes puedan conocerlas a su edad.

Y no me perdonaría si omitiera al reflejar estas impresiones el nombre

gerada susceptibilidad. Si es así, mil perdones les pido. Mas creo cumplir con ello un deber y una misión.

Y ahora unos detalles interesantes sobre México.

Los pueblos más importantes del Estado mexicano son: México (capital), Guadalajara, Puebla y Mérida.

Como capital moderna, México tiene una estructura de gusto irreprochable.

Anchas avenidas, extensos parques y jardines, calles amplísimas, trazadas a línea, y grandes bulevares.

Su calle de Plateros—hoy avenida de Francisco y Madero—constituye un emporio de riqueza, ya que en ella están enclavados suntuosos comercios y soberbios almacenes, montados a todo lujo y con gran derroche de presentación.

Al terminar la calle empieza el maravilloso paseo de La Reforma, que conduce al gran Parque de Chapultepec; parque que constituye el punto de reunión de la aristocracia y donde en los días festivos se congregan más de 80.000 almas. El paseo de carruajes lo forman—sin llegar a la exageración—más de 15.000 coches y automóviles.

De la riqueza de sus Estados bas-

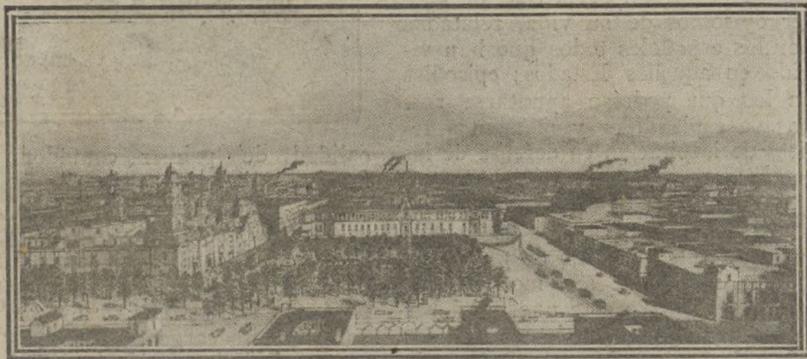


D. Marcelino Suárez.

y que sometemos a la consideración del Gobierno, para que, estudiando el problema en toda su intensidad, vea la forma de llevarlo a cabo sin grandes dilaciones.

G. P. R.

Santander, agosto 1920.



Vista parcial de la Catedral, Palacio Nacional y Plaza de la Constitución (México).